

El Rey gritaba cada día más alto, después de la reacción, y cada día le prestaban más oído atento los Reyes coligados en el temor al común peligro. Pero ni exorcismos de sacerdotes, ni conjura de reyes, ni errores de pueblos consiguieron otro resultado que aumentar la fuerza impulsiva de una revolución incontrastable. La grande Asamblea legislativa, conforme se iba la religión histórica volviendo contra ella, se volvía ella con amor hacia una especie de religión civil, cuyo numen divino aparecía la madre patria. Bajo tal extrema exaltación mandaron los legisladores erigir en cada municipalidad un altar á Francia, en cuyas aras abríase un libro donde se inscribieran desde los nacimientos hasta los matrimonios, y desde los matrimonios hasta las muertes, consagrado y ungido todo por el santo numen de la nación soberana, en cuyo seno eterno, como en los senos de Dios, se hunden y se renuevan todas las generaciones. Tales decretos, inspirados por el espíritu de aquella edad, su causa primera, y en las circunstancias ambientes, su causa ocasional, irritaron á los reaccionarios, y la irritación de los reaccionarios se pegó como un verdadero contagio á los mismos constitucionales. Dirigíalos á estos por tales tiempos el generoso Lafayette, iluso en todo lo referente á su popularidad, creído de que su estrella no se oscurecía nunca, y confiado por obra de un irremediable optimismo en que le bastaba presentarse al pueblo para conseguir del pueblo los milagrosos favores conseguidos en tiempo de la Constituyente. Lafayette, que trajera en su espada la electricidad revolucionaria de América y representara en su tiempo la andante caballería del pueblo emancipado y moviera los ánimos con los espíritus al deseo y al goce de la libertad; fulminante agitador olímpico un día, compañero de los profetas y de los héroes otro día; hermano siempre de Washington, de quien personificaba el republicanismo con mayores títulos; vigía del pueblo y carcelero del Rey; principal expulsor de éste del Palacio de Versalles; su juez austero y ceñudo á la trágica vuelta de Varennes y á la entrada en el definitivo cautiverio de las Tullerías, no comprendió la revolución desde que la revolución pasó de la Constituyente; no comprendió la perpleja legislativa; y girondinos, robespierristas, dantonianos fueron para él un enigma, contra cuyo disco lanzó las mismas terribles maldiciones lanzadas por todos los reaccionarios contra el disco de su pensamiento:

Cuando decidió el buen general irse hacia París, y, una vez entrado en París, disolver los clubs, requerir del Congreso la ley marcial, formar un ministerio conservador, imponiendo á los diputados el Rey como al Rey la Constitución, previamente consultó con el generalísimo Lukner tamaño proyecto, cuyo primer asomo de realización consistía en abandonar el mando de las tropas, dirigidas por él en la frontera, sin permiso de autoridad ninguna, ni divina ni humana. Este Lukner, sumamente ordenancista y disciplinado; sujeto, cual si no tuviese personalidad, á las leyes militares, como á las leyes mecánicas pueden sujetarse las cosas; especie de cifra sumada con otros sumandos, como él viejos,

y como él inertes; de oficio militar desde su infancia y por ende muy amigo de servir sin saber á quien servía: redivivo condotiero al modo de la Edad Media; quiso disuadir de tamaña empresa la voluntad del ilustre subordinado suyo y le dijo que de un farol aquellos jacobinos parisienses le colgarian, en cuanto, por su presencia dentro de París, pudieran ponerle sus manos encima. Pero Lafayette no prestó asenso á tales consejos. Por lo mismo que trataban de inspirarle algún miedo para de sus proyectos divertirle, atendió tan sólo á su valor el general de ambos mundos. Las agitaciones, consiguientes al atentado último, llegaban á espasmos intensísimos. Arrepentido del candor y de la ingenuidad, con que abriera sus puertas al tumulto armado, el Congreso decidió que los venideros manifestantes entrarían en el espacio de sus sesiones sin armas, ni patentes, ni ocultadas. El Palacio, por su parte, recobraba sus antiguos vuelos y pedía justicia seca contra los irrespetuosos alevos. Insinuando cuán favorable al orden público resultaría una medida tan grave como la proclamación del código de disposiciones excepcionales conocido con el nombre de Ley Marcial. Montaban su guardia los milicianos más conservadores; corrían por sus jardines los mas juramentados caballeros del puñal; iban á sus espléndidas salas en procesión de sincero desagravio los patricios inscriptos en la orden del Espíritu Santo y de San Luis; respirándose la reacción en los aires. Así; como el buen Pétion se presentara el día veintuno en aquellos regios espacios, encontró la consiguiente acogida, inseparable del espíritu, en los Reyes y en los cortesanos prelominente. Le acompañaba el Regidor Sergent. Y los milicianos de la guardia le insultaron; después de insultarlo á él; como Sergent lo defendiera, con éste mismo arremetieron y lo echaron escaleras abajo. No estuvo menos engallado el Rey á quien hablaron en nombre del Ayuntamiento para ofrecerle seguridad completa de que no podrían repetirse los desórdenes. Luis XVI recibió con altanería impropia de su carácter á Pétion; lo escuchó con regio menosprecio mirándole de reojo y añadiendo al furor de la mirada el sarcasmo de la sonrisa; le dijo no hablara tanto y cumpliera mejor sus deberes; le mandó callar y le volvió la espalda; lo puso en la calle materialmente con gestos y ademanes entre de burla é insulto. Cuál estremado no se mostraría en este rapto de su bondad por su cólera que la Reina lloró, indudablemente al recuerdo roedor de que no hubiera podido proceder como procedió en su alcaldía Pétion, si el burdo maquiavelismo regio no le hubiera puesto sobre los paveses de tan grande magistratura municipal, dándole tantos extraordinarios medios de dañar y de perder á la dinastía. Los girondinos, en esta hora suprema, se dejaban arrastrar como los robespierristas al abismo, sin tener otra razón ó motivo para sus complacencias con ellos que tomaran á pechos tales exaltados su despedida del ministerio, como si no hubieran tomado á pecho en toda ocasión los energúmenos cuanto pudiese contribuir á la exaltación de los ánimos y al desarrollo y recrudescimiento de los desórdenes. Poner un límite á la revolución en el Código fundamental; aplicar este código con la mayor sinceridad al pueblo que lo aclamara entre gene-

rales transportes de religioso entusiasmo; componer con la izquierda del partido constitucional y la Gironda entera un organismo destinado á factor y elemento de gobierno; entenderse Brissot, que no podía faltar á la Revolución, y Lafayette, que no podía faltar al Rey, quizás fuera lo mejor, para que no entrase la revolución en un periodo nuevo de peligrosas expansiones y no retrogradase al retroceso sustentado por la traidora emigración y las monarquías extranjeras. Mas para esta inteligencia se necesitaba contar con una corte patriótica; con una Reina, capaz de comprender el espíritu nuevo é imponérselo á su marido sobre quien ejercía un poder tan alto; como un Rey verdaderamente constitucional y resuelto á colgar en cualquier museo arqueológico facultades antiguas y privilegios heredados, del todo incompatibles con la carrera torrencial de aquellos tiempos revolucionarios y con el estado psíquico de aquella exaltada sociedad.

Era una hermosa mañana de Junio, cinco días después del atentado, cuando Lafayette penetraba en París, con ánimo de arrojarse al horno ardiente de las pasiones políticas y consumirse allí, de creerlo necesario, en defensa de la Monarquía y del Monarca. Durante toda esta fase de la revolución su popularidad estaba maltrecha del todo. Atribuíanle complicidades inverosímiles con la corte, y nadie comprendía cómo su proceder estaba en perfecta congruencia con el ministerio que se arrogara y el destino que cumpliera: detener la revolución en ciertos prefijados límites, de los cuales ya rebasaba, dejándole solitario y atrás. En los primeros momentos, marchando la revolución de arriba abajo, todo le servía, su abolengo, su carácter, su parentela, sus timbres heredados y adquiridos; pero, desde que la revolución marchaba de abajo arriba, cuanto le sirviera en su primera época, le deservía en la segunda. Pariente de Bouillé, quien fuera protector del desastre de los desastres, del terrible paso á Varennes; pariente de La Rochefoucauld, quien, director del departamento, se opuso á la manifestación última, Lafayette despertaba iguales recelos y promovía iguales protestas en toda la izquierda de Francia, en todos los extremos revolucionarios del pueblo francés. Para más acrecentarlos, el diablo le aconsejó que se hospedase, al llegar, en el palacio de su primo, el director, tenido universalmente ya por tenaz reaccionario y rendido cortesano. Apenas se había quitado el polvo de un camino, en cuyo trayecto innumerables amigos quisieron disuadirle de tan temeraria empresa, Lafayette corrió á las Cortes y anunció su presencia. Éstas se hallaban en grave aprieto, de distinguirse por circunspectas y reflexivas. Acababan dos días antes de prohibir toda manifestación armada, y en aquella ocasión admitían un manifestante que llevaba numeroso ejército á su espalda, ejército superior en fuerzas á la plebe tumultuada, siempre de suyo ligera y cambiante. Mas lo admitieron á una sin que nadie chistase, pues no tenían otro remedio sino escucharle, representando para unos la democracia, para otros la nobleza, para los de un lado la Monarquía, para los de otro lado la libertad, para todos la revolución en su primero creador periodo. Así que se presentó, y

al movimiento natural de curiosidad siguió un movimiento reflexivo de asombro, aplaudió la derecha, librándole en él grandísimas esperanzas; calló la izquierda, exponiendo en este amenazador silencio sus recelos y sospechas de aquel hombre, la revolución un día, la reacción en aquel minuto supremo, para todos los exaltados. Dadas las tradiciones y costumbres parlamentarias nuestras, nadie tiene derecho de hablar en el Congreso, sino los diputados que gozan allí representación legal y poseen el asiento granjeado por su elección y adquirido tras fórmulas parlamentarias iguales para todos. En Francia, durante la Revolución, hablaba en sus varios Congresos desde la barra todo el mundo. Así no debe maravillarnos la facilidad con que obtuvo Lafayette la palabra, máguer inhabilitado para la Cámara Legislativa por haber ya pertenecido á la Cámara Constituyente. Comenzó recordando su carta conminatoria célebre dirigida el diez y seis de Junio contra los ministros girondinos, carta de un carácter tan audaz, que su autenticidad llegó á ser negada; se ratificó en todo lo dicho por ella, y se declaró su autor. Dicho esto, partió en guerra contra los manifestantes últimos y sus motores y sus cómplices, condenándolos y condenando á cuantos la promovieran y acaloraran, en frases y gestos, los cuales parecían anunciar obras y acciones correspondientes á su acerbidad extrema. Soldados, oficiales, generalato, planas mayores de los ejércitos, le habían representado unánimes contra la común alevosía: terrible afirmación lanzada como una bomba sobre pacíficos legisladores y que perpetraba un desacato al poder legislativo, desacato de liberalismo y premeditado, más terrible que los cometidos por los manifestantes censurados contra el poder monárquico. Como si todos los poderes en suspenso estuvieran y necesitaran del espoleo de un general con mando, abscrito á la defensa patria, para sacudir su catalepsia, Lafayette pidió cayera castigo, pronto y tremendo sobre quienes, perteneciendo á una secta como la jacobina, perturbaban la patria en lo interior é impedían la defensa nacional en los límites, tan amenazados, de la frontera. Este nombre de secta dado á los jacobinos, identificados en el pensamiento de Lafayette con la Gironda, llegó á los últimos extremos de la temeridad, pues calificaba en la revolución á estos como antes los habían calificado la coalición monárquica, manteniendo los sinceros labios del iniciador las fórmulas de aquellos invasores extranjeros, á quienes debía combatir con su heroica espada.

Lafayette deposita sobre la mesa memoriales, mensajes, peticiones, que corroboran las mismas quejas expresadas por su discurso y contienen iguales aspiraciones. Los constitucionales, creídos de ser natos revolucionarios, aplauden á todo aplaudir en la inocentísima esperanza de una renovación del primer periodo revolucionario que no puede nunca jamás volver. Temiendo que, al atacar á la inexperta legislativa, también ataquen objetos más sagrados, se preguntaban unos á otros, en las horas de perplejidad é incertidumbre, por qué todos pasamos á una, si atacan también la revolución y su Código, por lo cual reciben grandísimo consuelo de Lafayette y su discurso. Y sin embargo, no puede negar-